

# Santidad y Martirio

## Segunda Catequesis preparatoria para el año Jubilar de San Jorge

Alcoy, 11 de Diciembre de 2025

Buenas tardes,

Vamos a comenzar esta segunda catequesis con el título “Santidad y Martirio” que forma parte de este ciclo de catequesis preparatoria para vivir bien este Jubileo de San Jorge que comenzaremos el próximo año.

En la primera catequesis, D. Camilo nos habló sobre lo que es un jubileo, los signos que lo acompañan y como podemos vivirlo bien.

En esta segunda catequesis, vamos a detenernos a mirar dos realidades que están muy ligadas a este tiempo jubilar que vamos a comenzar: la Santidad y el Martirio.

### Introducción

Me gustaría comenzar con un texto de la Carta de S. Pablo a los Efesios:

Bendito sea Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales en los cielos. Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor. Él nos ha destinado por medio de Jesucristo, según el beneplácito de su voluntad, a ser sus hijos, para alabanza de la gloria de su gracia, que tan generosamente no ha concedido en el Amado. En él, por su sangre, tenemos la redención, el perdón de los pecados, conforme a la riqueza de la gracia que en su sabiduría y prudencia ha derrochado sobre nosotros, dándonos a conocer el misterio de su voluntad: el plan que había proyectado realizar por Cristo, en la plenitud de los tiempos: recapitular en Cristo todas las cosas del cielo y de la tierra”. (Ef 1,3-10)

Y es que en este tiempo jubilar somos llamados a vivir de un modo especial, algo que de normal estamos llamados a vivir, que es la Santidad, luego entraremos a definirla. Para poner un ejemplo: *Un estudiante está llamado o tiene la obligación de estudiar siempre, pero cuando se acerca el tiempo de los exámenes siente con más interés esta necesidad de ponerse hacer lo que tiene que hacer.*

Siguiendo la lectura que hemos escuchado nosotros hemos sido pensados por Dios desde antes incluso de crearnos para que seamos Santos o mejor dicho para que vivamos en santidad. Tú y yo estamos llamados cada día de nuestra vida a vivir en Santidad, además dice la lectura que esto es por el amor, pero vamos a vivir en el contexto de este año jubilar un tiempo especial para darnos cuenta de esta llamada y nos podremos preguntar cómo lo estamos viviendo.

Además lo vamos a hacer mirando a nuestro patrón a S. Jordi, que vive su santidad de una manera concreta a través del Martirio, no entraré mucho en el tema del Martirio de s. Jorge ya que en otra catequesis nos hablarán sobre su figura.

Os propongo otra lectura que nos acompañara cuando hablemos sobre el martirio, en esta ocasión de la 1ª Carta de s. Juan:

En esto hemos conocido el amor: en que él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar nuestra vida por los hermanos. (1Jn 3,16)

Volvemos a encontrar en esta lectura la referencia al Amor, en este caso un amor que nos lleva a entregar la propia vida, esto nos puede parecer fuerte, y desde luego no todos estamos llamados al derramamiento de la sangre como S. Jordi, pero si que toda santidad conlleva una entrega de Vida.

Después de este esbozo rápido que me sirve para introducir los temas de la catequesis, comencemos a hablar de la santidad para concretar con el martirio.

## Santidad

### *Definición de Santidad*

¿Y esto de santidad qué significa? No estamos muy acostumbrados a la palabra «santidad». Seguramente a muchos esta palabra "santidad, santos", os puede sonar al polvo del retablo de algunas figuras, algo ajeno a la propia vida, o algo que se vive como una imposición, como una meta moral que nunca se alcanza. Si te preguntara ahora mismo qué imagen te viene a la mente cuando digo 'santo', ¿qué responderías?"

Pero vamos a abrir un poco la mirada. Santidad es lo mismo que perfección: ser santo y ser perfecto es lo mismo, por ejemplo. Podíamos partir de ahí para hacer un primer intento de aproximación. Bueno, sí: desde el punto de vista cristiano, si hablamos de perfección cristiana, entonces sí: ser santo y ser perfecto es lo mismo. Y de hecho hay algún pasaje evangélico en el que Jesús dice: «Sed perfectos como mi Padre celestial es perfecto».

Pero, ojo, se está refiriendo a perfección en el sentido cristiano de la palabra, en el sentido de que las virtudes humanas necesitan de la gracia de Dios para perfeccionarse. Pero, si hablamos de perfección en el sentido no cristiano sino humano —el perfeccionismo, el que las cosas sean perfectas, que no tengan ningún tipo de fallo—, pues entonces la santidad y el perfeccionismo son dos cosas muy distintas.

Uno puede ser santo, está llamado a ser santo, ¡conviviendo con imperfecciones! Conviviendo con imperfecciones en su limitada capacidad intelectual, en su insuficiente

educación —que ha podido tener una educación insuficiente en muchas facetas de la vida—. Tiene muchas imperfecciones, pero eso no le impide llegar a la santidad. El Concilio Vaticano II en su documento *Lumen Gentium*, insistió en que esta llamada es para todos, no solo para unos pocos escogidos.

Podemos aquí dar una definición de Santidad extraída de *Gaudete et exultate* 20:

*En el fondo la santidad es vivir en unión con él los misterios de su vida. Consiste en asociarse a la muerte y resurrección del Señor de una manera única y personal, en morir y resucitar constantemente con él. Pero también puede implicar reproducir en la propia existencia distintos aspectos de la vida terrena de Jesús: su vida oculta, su vida comunitaria, su cercanía a los últimos, su pobreza y otras manifestaciones de su entrega por amor.*

La santidad por tanto es ir viviendo nuestra vida con la ayuda de Dios, viendo que toda ella tiene un sentido y un propósito, que hemos sido creados por amor y llamados a vivir en el amor, y de este modo hacer que nuestra vida transmita este amor del que estamos siendo receptores y dadores.

De este modo la Santidad bien entendida, rompe dos errores básicos, el primero sería pensar que yo con mis fuerzas puedo amar siempre, este error suele verse truncado cuando hay algo o alguien que no entiendo o que me molesta, ahí dejo de poder amar; y el segundo es el de que solo puedo amar por la gracia de Dios, sin hacer yo nada, este error se acaba con el cansancio de esperar, si yo espero a que Dios me de la gracia para hacer algo nunca empezaré a hacer nada. Aquí podríamos recordar la mítica frase atribuida a la regla de San Benito “Ora et Labora”, es decir, haz lo que tienes que hacer sabiéndote acompañado y guiado por Dios, o expresado por San Ignacio “Vive como si todo dependiera de ti sabiendo que todo depende de Dios”.

La santidad a mi modo de entender responde al esquema soy amado - puedo amar. Siguiendo la básica de San Agustín “Ama y haz lo que quieras” si yo soy amado (por Dios) voy a poder amar como Dios me ama, que como después veremos es entregando la vida. Esto se traduce en cosas muy sencillas: perdonar en casa cuando algo me ha dolido, ser honesto en el trabajo aunque pueda salir perdiendo, estar disponible para quien necesita ser escuchado...

Después de esta búsqueda de una definición de la Santidad, vamos a pasar ahora a ver cual es el origen de la Santidad.

### *Dios es Santo*

Recordemos la primera parte de la lectura que hemos escuchado de s. Pablo a los Efesios:

Él nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante él por el amor.

Este Él sin duda hace referencia a Dios Padre, que nos ha elegido en la persona de su hijo Jesucristo, antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos por el amor. Lo primero que podemos decir, cuando hablamos de la Santidad o de ser Santo, es que Dios es Santo, esto todos lo tenemos claro, de hecho en la liturgia proclamamos que Dios es el SANTO en Mayúsculas, de algún modo el modelo de toda santidad.

En la Sagrada Escritura se hace una afirmación con contundencia inequívoca, que no deja lugar a dudas: solo Dios es santo. ¡Solo Dios es Santo! Además, dice tres veces «Santo»: dice Isaías 6,3: «Santo, Santo, Santo es el Señor, Dios del universo».

Solo Dios es santo. El hombre, por su naturaleza, no lo es: es pecador. La naturaleza de Dios es la santidad; en Dios, su ser y la santidad se identifican. Decir «Dios» equivale a decir «Santo».

Sería absurdo pensar en un dios del mal, como a veces se ha pensado. Imaginémos: un dios del mal no sería Dios, porque Dios es infinito, todopoderoso y santo. Dios tiene todas las cualidades, y el mal no es ninguna cualidad.

Luego Dios, en sí, en su esencia, es santo. Si hubiese un ser que tenga cierto poder y que es malo, es que no es Dios, como por ejemplo es el caso del demonio, que es una criatura, pero no es Dios. ¿Cómo va a ser Dios el demonio?

Dios es santo igual que es Dios: es infinito, es todo bondad, es todo luz, es toda gracia. Por lo tanto, solo Dios es santo. La santidad es algo sobrenatural y es propio de Dios.

Para nosotros, por lo tanto, es imposible que tú y yo seamos santos: eso es un milagro. ¡Ahora, los milagros existen!

Pero, en sí, a ti y a mí no nos corresponde por naturaleza ser santos, no nos toca: eso le toca a Dios. Para el hombre es imposible; es decir, no se trata de: «es que como no me he portado bien, no puedo ser santo». No, no, no. No es porque no te portes bien, sino porque te supera completamente, te supera. La santidad es algo que pertenece a Dios, no a la criatura: pertenece al Creador, no a la criatura.

Ahora bien —y esta es la gran afirmación que hace la teología católica—: por participación y por misericordia de Dios, Dios puede santificar al hombre haciéndole partícipe de su santidad, por pura gracia, por pura misericordia.

¡La santidad de Dios puede ser participada!

Si decimos que san Jorge es santo, esa santidad no es una santidad distinta de la de Dios, sino que es una santidad participada de la de Dios. La santidad de los santos no hace sombra a la santidad de Dios.

La santidad del hombre es todavía un reflejo de hasta qué punto es grande la santidad de Dios, que es capaz de hacernos a nosotros partícipes de ella sin restarle nada a Dios, ¡todo lo contrario! Nuestra santidad ni resta ni añade a la de Dios, pero es participada, por puro don, por pura misericordia.

Así lo decimos en la liturgia eucarística. En la eucaristía, de hecho en todas la eucaristías decimos la siguiente frase: «Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad». No solamente dice «Santo eres en verdad, Señor», sino que luego dice «fuente de toda santidad». O sea, que la santidad de Dios es una fuente de la cual bebemos los demás, es una fuente para que bebamos de ella, para que nos empapemos de ella.

La santidad de Dios es expansiva; se dice que el bien es expansivo, ¿no? También la santidad es expansiva. ¡Es una buena noticia: la santidad es contagiosa! El que se acerca a Dios se va contagiando de la santidad; el que se acerca a los que se han acercado a Dios también se va contagiando de la santidad.

También es verdad que el mal es contagioso. Si uno se acerca a ambientes en los que reina el pecado, posiblemente él también se va a ver bajo ese influjo. Pero, el bien es difusivo, la santidad es difusiva. «Santo eres en verdad, Señor, fuente de toda santidad»: acercarse a Dios es santificarnos como por ósmosis. Y lo mismo: quien se acerca a la gente santa se va santificando.

### *Jesús es Santo*

Jesús es también santo porque es el Hijo de Dios, y por el hecho de haberse hecho hombre —¡esto es un gran anuncio!—, por el hecho de haberse hecho hombre, no ha dejado de ser santo. El gran anuncio del ángel a la Virgen María le dijo: «Será santo, se llamará Hijo del Altísimo».

La Encarnación no ha restado santidad a Dios, sino que ha dado capacidad a la carne humana de participar de la santidad de Dios, que es distinto. Los que acogen a Cristo, los que se cristifican, se santifican: son templos del Espíritu Santo.

¡Qué gran potencia tiene la Encarnación!

¿Hemos dicho que santo solamente puede ser Dios, que la criatura no puede ser santa? Sí, pero lo he dicho hasta que llegó la Encarnación.

Cuando llegó la Encarnación, también la criatura puede participar de la santidad de Dios. ¡En la Encarnación se ha hecho posible la santificación de la carne, la santificación del hombre! Lo que era ontológicamente imposible —que la criatura pudiese ser santa, que en nuestra materialidad pudiese haber santidad— se ha conseguido por la Encarnación del Verbo.

Ahora lo que hace falta es que esa santidad ontológica también vaya creciendo en una santidad moral.

Por lo tanto, afirmación bíblica: solo Dios es santo y, al mismo tiempo, infinita en su misericordia es la llamada que nos hace a nosotros a participar de su santidad, a la cual podemos llegar gracias a la Encarnación de Jesucristo.

*Somos redimidos por Cristo*

El hombre, que es criatura, es elevado, es deificado, deificado, es elevado a un estado que no le corresponde como criatura, que es un estado de santidad por la participación del don de Dios.

Somos no únicamente moral, no únicamente estamos llamados a ser moralmente, éticamente santos. No, en nuestro ser, somos elevados a la santidad.

La Sagrada Escritura dice: «Eres hijo de Dios, has nacido de lo alto, has nacido en el Espíritu». O sea, no dice: «si te portas bien, yo te voy a tratar como si fueses mi hijo». No: hijo de Dios.

No es «si te portas bien». Aunque te portes mal, ¡no dejas de ser hijo! Esta es la parábola del hijo pródigo: la gran sorpresa está en que aquel hombre que había marchado de la casa de su padre, que había malgastado toda la herencia —pues eso, con prostitutas y de mala manera, había derrochado perdidamente todo—, dice: «Madre mía, pero qué tonto, qué burro he sido. Volveré a la casa de mi padre y le diré: “Mira, ya sé que ya no soy hijo, pero yo te pido que me aceptes como un criado a partir de ahora en casa. Ya sé que he roto todo, la he fastidiado completamente, ya he dejado de ser hijo. Bueno, pero me podrías acoger como un criado en casa, ahí debajo de una escalera, en cualquier sitio, ya no como hijo, sino como esclavo”».

Y la sorpresa que se lleva es que, cuando vuelve a casa, se da cuenta de que era hijo, de que seguía siendo hijo, aunque sus obras habían destrozado completamente su vida. Pero seguía siendo hijo. Es que su padre coge y le da el anillo, es que le pone las sandalias, es que le dice: «Es que tú has sido hijo siempre, incluso cuando te habías marchado de casa, cuando estabas destruyendo tu vida, no dejabas de ser hijo».

O sea, que no es: «si te portas bien, te voy a tratar como a hijo mío». No. Es que tu ser, ser hijo, ¡no puede dejar de serlo!

No es como cuando alguien viene aquí, a las parroquias, y dice: «Bórreme del bautismo, que quiero apostatar». Dice: «Hombre, “bórreme del bautismo”... Yo podré hacer constar que usted ha pedido la apostasía, pero a usted el bautismo no se le puede borrar. Usted es hijo de Dios, o sea, y lo va a ser siempre. Aunque diga... va a ser un hijo de Dios apóstata, pero va a seguir siendo hijo de Dios. Y si un día se arrepiente y vuelve —ojalá que eso acontezca— no va a tener que volver a decir: “Ahora quiero ser hijo”». ¡No! Si lo ha sido siempre, si no ha podido dejar de serlo.

Antes que moral y ético, es ontológico: está en tu ser. La gracia divina no solo es sanadora del pecado, también es elevante: nos ha elevado a la condición de hijos. Tú, aunque estés totalmente ensuciado, aunque estés empedernidamente pecador, eres hijo. Y eso no puedes dejar de serlo y nadie te lo puede quitar.

Bueno, ¿y esto cómo ha acontecido? Esto ha acontecido por el don de la Encarnación.

San León Magno dice: «¡Oh admirable intercambio! Dios ha tomado la naturaleza humana, la condición humana, para que tú puedas tomar la condición divina. Él se ha hecho

*hombre para que tú te puedas hacer hijo de Dios. Él ha asumido tu condición humana para que tú puedas participar de la condición divina». ¡Oh admirable intercambio!*

San Juan Crisóstomo dice: *«Cristo nació según la carne para que nosotros nazcamos según el Espíritu».*

O el famoso prólogo del Evangelio de san Juan: *«Vino a los suyos y los suyos no le recibieron; pero a cuantos le han recibido les dio poder de ser hijos de Dios, si creen en su Nombre».*

O sea, recibir a Jesucristo, recibir la Encarnación, nos da la capacidad de ser hijos de Dios, y en una condición que es para siempre, que es para siempre.

De este modo, se cumple la promesa de Dios que está reflejada en el Salmo 82, de divinizar al hombre: «Sois dioses, hijos del Altísimo». El pecado original había tenido precisamente esta tentación: les dice la serpiente: «Seréis como dioses», pero era la tentación de pretender ser como Dios sin Dios; la pretensión de hacerse como un contrincante de Dios: «seréis como dioses». Ese fue la gran hecatombe de Adán y Eva: pretender ser Dios frente a Dios, contra Él, sin Dios.

Sin embargo, por la gracia de Jesucristo, podemos llegar a participar de la naturaleza divina: «sois dioses» en Jesucristo, participando del don de su divinización. Él nos diviniza: se hizo hombre para que nosotros pudiésemos participar de la condición de hijos de Dios.

### *La llamada a la Santidad*

Dice san Juan de la Cruz: «Lo que pretende Dios es hacernos dioses por participación, siéndolo Él por naturaleza. Como el fuego convierte todas las cosas en fuego, así la santidad de Dios convierte todo en santo por participación».

Es decir, hay una gran afirmación que hacemos: que, por el don de Jesucristo, por su Encarnación, hemos sido elevados a una condición divina, y somos cuerpo, alma y espíritu.

Hay una realidad impresionante y apasionante, ¡Dios te ha pensado, te ha creado y quiere que seas Santo! Tal vez aquí podríamos preguntarnos *¿En qué momento de mi vida he sentido que Dios me llamaba a algo más, a no conformarme?*

Todos los días de tu vida, lo sepas o no lo sepas estas llamado a participar de esta realidad preciosa, ser SANTO.

Y esto marca el modo de vida de cualquier cristiano. Podríamos decir que esta llamada que Dios hace sobre cada uno de nosotros es una llamada al inconformismo, en Cristo somos deificados, y en nuestra vida somos llamados a vivir de este modo, antes hemos dicho que este modo concreto de vivir es amando, no puedo conformarme con no amar o amar a medias, o en no ser amado, o en ser amado a medias.

Dios cuando me crea lo hace para amarme totalmente, es como cuando tengo sed y bebo Coca-Cola, en el fondo no me sacia. Solo el agua sacia de verdad; así también solo el amor de Dios calma la sed profunda del corazón. La llamada a la Santidad nos sacude y nos recuerda que estamos llamados a más, a siempre más. Pero a siempre más plenitud, a siempre más amor, a siempre más autenticidad, en el fondo a siempre más de aquello que Dios nos quiere dar y tantas veces no somos capaces de ver y de acoger.

El Papa Francisco dijo en su encíclica *Gaudete et Exultate*:

No tengas miedo de la santidad. No te quitará fuerzas, vida o alegría. Todo lo contrario, porque llegarás a ser lo que el Padre pensó cuando te creó y serás fiel a tu propio ser. Depender de él nos libera de las esclavitudes y nos lleva a reconocer nuestra propia dignidad. En la medida en que se santifica, cada cristiano se vuelve más fecundo para el mundo. No tengas miedo de apuntar más alto, de dejarte amar y liberar por Dios. No tengas miedo de dejarte guiar por el Espíritu Santo. La santidad no te hace menos humano, porque es el encuentro de tu debilidad con la fuerza de la gracia. En el fondo, como decía León Bloy, en la vida «existe una sola tristeza, la de no ser santos»

### *Dentro del Jubileo*

Antes de cerrar este primer punto, creo que es importante recordar que, dentro del Jubileo que vamos a vivir la Santidad tiene un peso especial, el año jubilar además de ser un tiempo en el que vamos a vivir muchos actos y momentos preciosos, en el que vamos a hacer fiesta, es un año en el que somos llamados a vivir de un modo especial esta llamada a la Santidad.

En la catequesis anterior D. Camilo ya nos explicó el significado de “jubileo”, así que no voy a repetir lo mismo. Pero sí me gustaría subrayar algo: este Jubileo de San Jorge es para nosotros un **kairós**, un tiempo oportuno. Es como si Dios nos dijera: “Quiero regalarte un tiempo fuerte para recordar quién eres y para qué te he creado: te he pensado para que seas santo”.

¿Cómo podemos concretar esto?

- Primero, dejando que este año sea un tiempo de **escucha**. Escucha de la Palabra de Dios, escucha de la vida de San Jorge, escucha también de lo que el Espíritu Santo va despertando en nuestra conciencia.
- Segundo, haciendo de este año un tiempo de **reconciliación**. El Jubileo está muy ligado al perdón: reconciliarnos con Dios en el sacramento de la confesión, reconciliarnos con alguna persona con la que llevamos tiempo distanciados, reconciliarnos incluso con nuestra propia historia.
- Tercero, permitiendo que sea un tiempo de **caridad concreta**. No solo buenas intenciones, sino gestos: una visita, una llamada, una ayuda económica, un rato de escucha, una disponibilidad nueva en la parroquia o en la ciudad.

La llamada a la santidad, como ya hemos dicho, no es exclusiva de curas y monjas. Es para ti que estás escuchando, con tu edad, tu historia, tu carácter, tus heridas y tus dones. Dios ha pensado en que vivas “a lo grande”, sin conformarte con una vida espiritual de mínimos. Ha pensado en ti para que vivas en plenitud, siendo amado y amando como Él te ama. Si quieres entender lo que significa, basta con mirar un crucifijo: ahí se nos muestra hasta dónde llega el amor.

Este año jubilar, mirando a San Jorge, el Señor nos invita a **acercarnos a Dios de un modo especial**, no para hacer “un paréntesis piadoso” que se acaba cuando termine el año, sino para que este tiempo marque un antes y un después. Que, aprovechando este año santo, tu vida y la mía gane en sentido, en plenitud, en paz, en alegría y, sobre todo, en aquello para lo que fuimos creados: en santidad.

Los signos propios del Jubileo, como las indulgencias, no son un adorno piadoso, sino una expresión concreta de la misericordia de Dios. Son como ventanas abiertas por las que la gracia entra con fuerza en nuestra vida. **Aprovechémoslas**: confesándonos bien, participando en la Eucaristía, haciendo obras de misericordia, rezando por la Iglesia.

Que este año santo sea, como dice el Papa Francisco, un tiempo de gracia y de conversiones, un tiempo para abrir de par en par las puertas a Dios. El Señor tiene un gran sueño sobre tu vida y sobre la vida de tantos a los que tú puedes llegar. El Jubileo es su manera de recordárnoslo con fuerza.

## Martirio

Después de haber hablado sobre la Santidad, vamos ahora a entrar dentro de esta realidad del Martirio, en nuestro caso cuando pensamos u oímos esta palabra, sin duda vienen a nuestra mente San Jordi, o San Mauro, dos Santos Romanos que sufrieron el martirio por no renunciar a Jesucristo.

Vamos a intentar explicar bien esto del martirio, a ver que sin duda esta ligado con la santidad de la que acabamos de hablar, ya que nadie puede entregar la vida por Cristo si no vive en relación con Él y es más, si no recibe la gracia especial para entregar la propia vida. Además veremos la relación entre martirio y testimonio, y como cada uno de nosotros, los cristianos, estamos llamados a vivir también esta realidad.

### *Definición y relación con Cristo*

Tomamos la definición de martirio del Catecismo de la Iglesia Católica:

“El martirio es el supremo testimonio de la verdad de la fe. Designa un testimonio que llega hasta la muerte. El mártir da testimonio de Cristo muerto y resucitado, al cual está unido por la caridad. Da testimonio de la verdad de la fe y de la doctrina cristiana. Soporta la muerte mediante un acto de fortaleza”.

San Ignacio de Antioquía cuando era conducido al martirio en Roma dijo: “Dejadme ser pasto de las fieras; por ellas me será dado llegar a Dios”.

En primer lugar, podemos entender el martirio como una identificación con Jesucristo. El cristiano está identificado con Cristo y también está identificado con Cristo en su destino. El Padre, reservó para Jesucristo un destino martirial.

Y bueno, es evidente que en el martirio de Jesucristo, él es el primer mártir, hubo causas históricas del pecado de los hombres, que fue el que condujo a Cristo a la muerte. Pero por encima esto, no olvidemos que también hay un plan de Dios, una providencia en la que Cristo es entregado por el Padre y él entrega su vida voluntariamente.

Recordemos lo que dice el Evangelio de San Juan: “A mí nadie me quita la vida; soy yo el que la doy voluntariamente”.

Eso está muy remarcado, sobre todo en el evangelio de San Juan, en el que cuando van a prenderle a Jesús en el huerto de los Olivos y preguntan, “¿Quién es?”, y él dice: “Soy yo”.

Si Jesús, con su autoridad divina, hubiese querido librarse de la muerte, “mi Padre me podía haber mandado una legión de ángeles para liberarme de este martirio. Pedro, guarda tu espada, enfúndala, porque mi Padre me podía haber liberado. Estos me están prendiendo, estos me cogen, estos me matan, pero soy yo el que entrego la vida al mismo tiempo”.

Son dos dimensiones: la dimensión histórica y la teológica, que sin negar la histórica, está de alguna manera integrada en ella, Dios da su vida voluntariamente al mismo

tiempo en que los hombres se la quitan pecaminosamente. Esas dos cosas, ¿cómo se integran? Eso solamente Dios es capaz de hacerlo.

Pero también está ocurriendo en nuestra vida esas dos dimensiones: que una enfermedad me quita la salud al mismo tiempo que Dios me permite en esta circunstancia dar yo la vida y entregarla. Las dos dimensiones, la histórica y la teológica, se integran. O alguien me está fastidiando, me está poniendo zancadillas, etcétera, y al mismo tiempo yo hago una ofrenda al Padre de esta circunstancia.

Bueno, pues eso también es lo que ocurre en la vida del mártir. El mártir es alguien que está siguiendo las huellas de Jesucristo. Es llevado por el Espíritu al martirio.

Hay un texto ahí del evangelio de San Juan, Juan 15,20, que dice: “Si a mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros”. Es decir, si el cristiano está identificado con su Maestro, pues también estamos identificados con su martirio.

Tenemos que tener cuidado de no escandalizarnos del martirio, no escandalizarnos de la cruz. Esto les costó mucho a los apóstoles. Acordaros cómo Jesús tiene que reprenderle a Pedro varias veces y tirarle de la oreja cuando él dice: “No te ocurrirá a ti esto. No, no, no irás a la cruz”.

Cuando Jesús predijo varias veces su pasión, Pedro salía como a defenderle y entonces Jesús le dice: “Apártate de mí, Satanás. No pretendas, con el pretexto de defenderme, apartarme del camino que el Padre me tiene reservado, porque el Espíritu me conduce al Calvario”.

Podemos decir que el martirio es una identificación con Cristo.

También esto forma parte de la espiritualidad del cristiano: el estar abierto al martirio, porque ¿cómo voy a estar yo cerrado a aquello que configuró la redención de mi Maestro, de Jesucristo?

En el martirio, lo que solemos destacar, lo que más nos impacta, es la fortaleza: “Madre mía, los mártires, pero qué valientes eran. Si hubiesen renegado de su fe, hubiesen salvado el pellejo. Les echaban a los leones, pero vamos, que hubiese bastado allí que hubiesen sacrificado al César el incienso y entonces ya hubiesen salvado la vida”.

Nos llama la atención su fortaleza. Y estoy seguro que ellos nos dirían: “No, mira, no te fijes en eso, porque eso no es lo esencial. Lo esencial del martirio es la virtud de la fe, la esperanza y la caridad. Dios da la fortaleza cuando llega el momento de tener que ser testigo suyo. Lo importante es que nosotros fomentemos el amor a Dios, la fe, la esperanza y la caridad”.

Un cristiano no es un machote. Un cristiano no es alguien del que tengamos que estar cultivando un autodomínio de sí mismo, una seguridad muy grande de sus propias fuerzas, o sea, ser cristiano no es ser como Superman. Ese no es el modelo del mártir.

Jesucristo, el que dio su vida en la cruz, la víspera de dar su vida, pidió en Getsemaní que le acompañasen. Se sentía solo y pedía compañía: "No me dejéis solo, orad conmigo. No habéis podido velar conmigo una hora".

Jesucristo no se presenta ante nosotros como alguien autosuficiente, seguro, que puede con todo, que ni parpadea, ni llora. No. Jesucristo llora cuando se muere su amigo Lázaro. Jesucristo no muestra la santidad en ser un imperturbable. Ese no es el ideal de santidad cristiana.

Luego entendamos que en el martirio lo que estamos subrayando es otra cosa. Estamos subrayando el amor a Dios. Estamos subrayando la fe, la esperanza, la caridad, de la cual, llegado el momento, cuando hay que testificarlo, el Señor da la gracia, da la fuerza.

### *Dimensiones del Martirio*

Siempre se ha dicho que hay dos tipos de martirio: el que es en un momento determinado, que se consuma de una manera violenta, pero también el martirio que se va desarrollando día a día en nuestra vida. Por ejemplo: *el padre o la madre que se desgasta por su familia, el cristiano que mantiene su fe en un ambiente hostil, el joven que no renuncia a sus principios cuando se ríen de él...*

El martirio de dar la vida y de amar la verdad por encima del amor propio. Ese es martirio también: amar la vida por encima del amor propio. Ser fieles a la verdad por encima de los propios intereses. Eso es martirio, testimonio de la verdad. Por eso la Iglesia lo enfatiza tanto.

Entonces tú y yo estamos llamados a vivir esta realidad del martirio cada día. Si Dios nos lo concede o así sucede el de Sangre, pero cada día el martirio de la entrega de amor por el otro.

Para ayudarnos en este martirio, tenemos las tres virtudes teologales.

### **Fortaleza en la fe**

De los mártires tenemos que imitar, primero, la fortaleza en la fe.

Tengamos en cuenta que la secularización de nuestros días ataca a la fe, pero la ataca no tanto en sus contenidos concretos, sino en cuanto a que nuestra adhesión a la fe sea sin mucha fuerza, que no sea una adhesión muy firme.

Es como si lo políticamente correcto fuese tener fe, pero un poquito, no demasiado, sin ser fanático, es decir, tener fe, pero con dudas también, una fe muy firme sería un poco sospechosa de fanatismo en los días que vivimos.

En nuestra mentalidad moderna se ha llegado a identificar prudencia con mediocridad, con tibieza. Casi se identifican.

Y frente a esto, frente a esta cultura tan dominante, que viene a decir que no puedes entregar el corazón plenamente a nada, sino que, bueno, hay que ser un poquito religioso, hay que ser un poquito tal, hay que ser un poquito cual, los mártires testimonian que hay ideales demasiado valiosos para regatearles el precio.

El Libro del Apocalipsis dice: “Y no amaron tanto su vida que temieran la muerte”. Prefirieron morir antes que sacrificar la verdad.

Esto es lo que aprendemos de los mártires: la adhesión firme a la verdad, la adhesión, y el superar esa tentación de relativismo de que hay que creer, pero tomando distancias desde la distancia.

### **Seguridad en la esperanza**

La esperanza es la virtud por la que aspiramos al Reino de los cielos y a la vida eterna como felicidad nuestra, poniendo nuestra confianza en las promesas de Cristo y apoyándonos no en nuestras fuerzas, sino en los auxilios de la gracia del Espíritu Santo.

Cristo es mi esperanza. Su palabra es eterna. Cielo y tierra pasarán, pero sus palabras no pasarán. Esta es mi esperanza: Cristo. Y Él me dará las fuerzas para llegar a esa meta, porque Dios no me pone una meta y luego me deja aquí sin poder llegar a ella.

Los mártires son el mejor recordatorio de nuestra esperanza en el cielo. Somos ciudadanos del cielo.

“¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si pierde su alma?” San Pablo en Filipenses 3,8 dice: “Todo lo estimo basura con tal de ganar a Cristo”. Un mártir testimonia que yo no puedo poner en peligro la vida eterna por estar apegado a unos bienes, incluso a la salud. Prefiero perder la salud antes que perder la vida eterna.

Esto supone una revolución. Los cristianos no rezamos para no morir, sino que nosotros rezamos para morir bien, para morir en gracia de Dios. Nuestra meta no es vivir aquí para siempre, que es ridículo. Nuestra meta es la vida eterna.

Nosotros cuidamos la salud, en todo caso, para poder entregar la vida. Es distinto.

Y los mártires nos ayudan a descubrir que la vida no merece la pena ser vivida si no es para entregarla por Dios.

### **Constancia en el amor**

Estamos llenos de casos en los que los mártires han testimoniado el amor en el perdón. Eso Los mártires hicieron vida las palabras de San Pablo: “No os dejéis vencer por el mal; antes bien, venced el mal a fuerza de bien”.

La ira, el odio, la venganza hubiesen sido las reacciones previsibles, ante una ejecución injusta. Y sin embargo, los mártires rompen la dinámica del mal con la lógica del Evangelio: “Habéis oído que se dijo: ‘Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo’. Pues yo os digo: amad a vuestros enemigos, rogad por los que os persiguen. Porque si amáis solo a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis?”

Esta es el gran testimonio, de los mártires: que hay una verdad por la que merece la pena entregar la vida y que el amor supera el odio, el amor supera la muerte. Cuando los mártires mueren perdonando a sus verdugos, a imitación de Jesucristo en la cruz, que dice: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”, entonces tenemos una ocasión

inmejorable para convencernos de que lo peor en esta vida no es tanto padecer el mal, sino que lo peor en esta vida es que el mal nos haga sus cómplices.

Lo peor en esta vida es que te hagan malo, que tú te hagas malo. Y eso no lo han conseguido con los mártires. Les han hecho mal, pero no han conseguido hacerlos malos. Todo lo contrario: el mal que les estaban haciendo ha sido una ocasión para testificar el amor al bien.

El martirio no solo hay que admirarlo, hay que imitarlo.

### *Santidad y Martirio*

El martirio o esta visión del martirio nos recuerda que todos estamos llamados a la santidad, que Dios nos ha creado y redimido para que seamos santos, y no podemos contentarnos con un cristianismo vivido de cualquier manera.

El testimonio de los mártires es el mejor antídoto frente a la mediocridad, es el mejor antídoto frente al “pensamiento débil”.

Los mártires testimonian que la felicidad del cristiano pasa por una opción irrenunciable e innegociable: vivir y morir en gracia de Dios. Lucas 9 dice: “Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí, ese la salvará”.

El martirio es una ocasión de dar el máximo testimonio del amor. El amor tiene muchos grados de testimonio, pero el supremo, el superior, es el perdón a tu enemigo. Eso es mucho más fuerte que el amor al pobre, el amor al necesitado.

Porque, al fin y al cabo, cuando alguien se prodiga en el amor a alguien que se muestra débil ante ti, que te pide ayuda, que te pide compasión: “Ten misericordia de mí”, amar a esa persona claro que cuesta. Pero, hasta uno puede sentirse útil a esta persona gracias a mi caridad, le estoy haciendo sentirse mejor, etcétera, le estoy aliviando,

Pero, cuando el amor se tiene que expresar no ya ayudando al débil o socorriendo al pobre, sino perdonando al enemigo, ese sí que es el testimonio supremo del amor.

Y el Señor a veces nos lo pide, y es un momento de gracia que tenemos que pedirle al Señor: que nosotros, en nuestra medida, comencemos a integrar la espiritualidad del martirio en nuestra vida.

Igual es un poco fuerte la palabra enemigos, podemos decir que amemos a los que tienen cierta antipatía hacia nosotros, a los que nos miran con cierta reticencia, que nos atrevamos a amarles. Te invito a que pienses en un rostro concreto, en una persona concreta, y le pidas al Señor la gracia de empezar a mirarla como Él la mira. Ese es el testimonio que tenemos que aprender de los mártires. Es algo impresionante.

En todas las pruebas en las que el Señor nos ofrece también la ocasión, martirialmente, de permanecer fieles, estamos dando testimonio de la verdad. Un testimonio de la verdad en medio de los odios, en medio de las persecuciones. Por eso tiene tanta importancia el martirio.

### *Dentro del Jubileo*

Al hablar del martirio dentro de este Jubileo de San Jorge, corremos el riesgo de pensar solo en algo lejano: historias antiguas, anfiteatros romanos, fieras, relatos que admiramos pero que vemos como imposibles para nosotros. Sin embargo, el Jubileo nos recuerda que el **martirio no es solo un recuerdo**, sino una llamada viva al testimonio.

San Jorge y San Mauro, junto con tantos mártires de la Iglesia, no son héroes aislados, sino hermanos mayores que nos enseñan qué significa tomar en serio el Evangelio. Su sangre derramada no es solo un dato histórico: es una **semilla** que ha hecho germinar la fe en generaciones enteras y que hoy sigue dando fruto en nosotros.

Este año jubilar puede ser, para cada uno, una escuela de **“martirio cotidiano”**. Como hemos visto, no todos estamos llamados al derramamiento de la sangre, pero sí todos estamos llamados a ese dar la vida día a día: en la familia, en el trabajo, en la parroquia, en la ciudad. A veces el martirio será callar un chisme, sostener una incomprensión, mantener la fidelidad cuando sería más fácil abandonar, defender la verdad con respeto cuando sería más cómodo callar.

El Jubileo nos invita a preguntarnos con sinceridad:

- ¿En qué momentos estoy tentado de “rebajar” mi fe para no complicarme la vida?
- ¿Qué pequeños “noes” tendría que decir al pecado o a la comodidad para poder decir un “sí” más claro a Cristo?
- ¿A quién me cuesta amar y perdonar, y dónde puede el Señor regalarme un pequeño “martirio” de amor?

Celebrar a San Jorge en clave jubilar significa dejar que su testimonio nos interrogue. Él prefirió perderlo todo antes que renegar de Jesucristo. Nuestro contexto es distinto, pero el Evangelio es el mismo. El Jubileo puede convertirse así en un tiempo para **renovar nuestras promesas bautismales de manera existencial**: volver a decir “renuncio” al pecado y “creo” en Dios, no solo con los labios, sino con elecciones concretas.

Que este año, al pasar ante las imágenes de San Jorge o al participar en las celebraciones jubilares, no nos quedemos solo en la emoción o en la tradición externa. Pidamos la gracia de una fe fuerte, de una esperanza firme y de una caridad que no se rinde. Que el ejemplo de los mártires nos sostenga en nuestras luchas diarias y nos ayude a vivir este Jubileo como un tiempo para **tomar decisiones valientes** por Cristo.

## Conclusión

Hemos recorrido dos palabras que pueden imponernos respeto: **santidad** y **martirio**. A primera vista parecen grandes, lejanas, casi inalcanzables. Sin embargo, si volvemos al principio, a la carta a los Efesios, descubrimos algo sorprendente: no son, ante todo, un programa que nosotros tenemos que cumplir, sino un **regalo que Dios quiere hacer** de nosotros.

Dios nos ha pensado “santos e intachables por el amor”. Y Jesús nos ha mostrado ese amor dando su vida por nosotros: “En esto hemos conocido el amor, en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos”. Santidad y martirio son, al final, dos maneras de decir lo mismo: **vivir el amor hasta el fondo**.

La santidad es dejar que Dios sea Dios en nuestra vida, que su gracia llegue a todas las habitaciones de nuestra casa interior. El martirio es la forma más radical de esa santidad: cuando el amor es más fuerte que el miedo, más fuerte que la muerte, más fuerte que la necesidad de salvar la propia imagen o la propia comodidad.

En este contexto, el Jubileo de San Jorge se convierte en una gran pregunta de Dios para cada uno:

- ¿Quieres tomarte en serio la llamada a la santidad?
- ¿Estás dispuesto a dejar que tu vida sea un testimonio, aunque sea pequeño, del amor de Cristo?
- ¿Qué paso concreto puedes dar este año para acercarte más a Dios y a los demás?

No se trata de salir de aquí con un peso encima, sino con una **esperanza nueva**. El Papa Francisco nos decía: “No tengas miedo de la santidad”. Podríamos traducirlo así: “No tengas miedo de dejarte amar y transformar por Dios”. Él no nos pide algo imposible; nos ofrece su Espíritu para hacerlo posible en nosotros.

Te invitaría a que, al terminar esta catequesis, cada uno pudiera hacer una oración muy sencilla, quizá algo así:

“Señor Jesús, tú has dado la vida por mí. Gracias porque me llamas a la santidad y al testimonio. En este Jubileo de San Jorge, no quiero vivir de cualquier manera. Muéstrame qué paso concreto me pides dar: en mi familia, en mi trabajo, en mi parroquia, en mi ciudad. Dame la gracia de no conformarme, de vivir amando y dejándome amar. Que, como San Jorge, pueda ser testigo tuyo allí donde me has puesto. Amén.”

Que San Jorge, mártir y santo, interceda por nosotros, por nuestras parroquias y por nuestra ciudad, para que este Jubileo sea de verdad un tiempo de gracia, de conversión

y de alegría. Y que, cuando termine este año santo, podamos mirar atrás y reconocer, con humildad pero también con agradecimiento, que algo ha cambiado: que somos un poco más santos, es decir, un poco más de Dios y un poco más entregados a los demás.